

dice S. Pablo. ¿Quién no se pasma al oír las que parecen ponderaciones, y son puras verdades de Fé? que así quede el alma del que comulga con union real, union verdadera unida con el mismo Dios? *Nec fide solum, sed re ipsa*, que dixo el Chrysoftomo. (Hom. 83. in Mat.) Ese es, pues, el primero, el principalísimo efecto de este Sacramento en el alma, que dignamente le recibe; ese es el efecto primario de esta Divina Comida, unir. Mas dice el Concilio Florentino: aunar, hacer una el alma en Christo: *Effectus hujus Sacramenti est adunatio hominis ad Christum*.

Acababa una vez de comulgar Santa Matildis, y apareciendole el Señor, le pareció, que sacandole su corazón, y derritiendolo, lo echó el Señor en el suyo; de modo, que de ambos corazones quedó hecho un solo corazón. Y de este modo, le dixo el Señor, de este modo deseo yo que todos los corazones de los hombres se hagan uno con el mio. Mas, ¡oh, Señor! que si para eso se han de derretir primero los corazones, qué harán corazones de piedra, corazones duros, corazones empedernidos?

¿Qué favor es este, almas, a que así tan rebeldes nos resistimos? ¿Qué fineza es esta de Dios? Si a una persona de las que están presentes, y me oyen, a ella sola, digo, la levantáran los Angeles siete veces al día a oír la música de los Cielos como a Santa Maria Magdalena: si le imprimiera N. Redentor sus llagas como a S. Francisco: si le rociara los labios con la leche de los virginales pechos como a S. Bernardo: si la regalara con la preciosa Sangre de su mismo costado como a S. Lugardis; si a una sola persona hiciera todos estos favores, y todos quantos de este genero ha hecho Dios a tantos Santos, valgame Dios! qué asombros, qué admiraciones, qué pasmos nos causara! Pues mira alma, mira hombre, mira muger, mira pobre esclavita, mira esclavo desechado, que mayores favores te hace Dios, que todos estos quando dignamente comulgas. ¿Mayores? Sí: mas que si te imprimiera sus llagas, mas que si te concediera chupar los mismos virginales pechos de Maria, mas que si aplicara tus labios a su costado mismo. Mas, mas quanto es infinito mas, quedar uno, quedar unido, quedar transformado en el mismo Dios. ¡Oh, si lo pensáramos! como abysmado el entendimiento levantara volcanes de amor nuestra voluntad!

Mas unido así este manjar Divino se queda en eso solo? No, que como en el manjar del cuerpo, mejor en este del alma se vánt siguiendo por efectos los indecibles provechos: *Sustentat, auget*. Sustenta la vida del alma con la gracia, con la gracia la aumenta, y la hace crecer. Todos los Sacramentos dán la gracia; pero éste con excesos indecibles la aumenta, como el que contiene es sí toda la gracia, y la fuente misma de la gracia. Al no comer el cuerpo, qué se figue? El desmayo, la flaqueza, la caída, y aun la muerte. Eso, pues, es lo que estorva la comida, dando vigor, dando aliento, por eso, pues, decimos que sustenta. Así, pues, este Pan Divino, dándole al alma el mejor vigor de la gra-

cia, es el que le sustenta la vida: que sin este alimento Divino, le faltara, o se desflaqueciera de modo, que se acercara a la muerte. Los animalillos, que no tienen sangre, dice Arist. (de Long. Vit. c. 3.) que son de cortísima vida, y con todo eso la abeja vive aun mas que otros que tienen sangre. ¿Por qué será? Porque se sustenta, dice el Filósofo, de un manjar tan saludable como es la miel, ésta la suple el defecto de humedo, y de calido, que en la sangre le falta, y así le mantiene la vida. ¿Quánto mejor, pues, aquella miel, que contiene del Cielo las dulzuras mantendrá la vida del alma? Ni la mantiene solo, sino la aumenta, *auget*, haciendola crecer repetidos auxilios, ya en la Fé, ya en la Esperanza, ya en la Caridad, y ya en todas las perfecciones, y virtudes; tanto que afirmaba de su experiencia sin duda Santa Magdalena de Pazzis, que una sola Comunión bien hecha bastaba para hacer una alma santa.

Mas como no cesando el calor natural siempre de consumir, en lo mismo con que sirve a la vida tira a la destruccion, por eso el corporal alimento sirve tambien de reparar sus quiebras, de restaurar sus daños, *reparat*. Y así, mejor este Manjar Divino repara en el alma las quiebras como sustento, cura los daños como medicina, y preserva de los venideros achaques como antidoto; quiero decir, que limpia el alma de las culpas veniales que la asean, y que la enferman, la purifica de las imperfecciones. Y aun dice mas, atiendanme los pusilanimes, dice S. Th. (3. p. q. 79. art. 3.) con el Común de los Theólogos, (Suar. *ibi* a p. 73. sect. 2.) que quando una alma, habiendo cometido una culpa mortal, no se acuerda de ella, o no la conoce, que no le acusa su conciencia, y que con buena fé arrepentida, aunque sea solo con atricion, se llega a recibir este Divino Sacramento, en este caso la limpia del pecado, le dá la gracia. ¡Oh, almas vanamente inquietas, por vanamente temerosas! Que me parece, que no me he confesado bien, que no me explico, que no estoy bien dispuesta! Si hecha la prudente diligencia, la conciencia no acusa, ¿para qué son inquietudes tan inútiles, con que solo tira el demonio a privaros de este Sacramento? Mirad, mirad; semejantes inquietudes padecia una alma tan pura como S. Gertrudis, (lib. 4. in fin. c. 18.) oíd el suceso. En una fiesta de la Santísima Virgen, arrebatada en espíritu, recibiendo grandes favores de la Sra. y de otros Santos, ella, encogida dentro de sí, mirando sus imperfecciones, y negligencias, pareciale, que siendo del todo indigna, no podia corresponder a aquellos favores. Y el Señor entonces, mirandola benigno, y vuelto a su Madre, y a los demás Santos: no os parece, les dixo, que yo he enmendado bastantemente para vosotros los defectos de esta alma, quando ella me recibió en mi Sacramento? Y mucho mas que bastantemente están enmendados, respondieron todos. ¿Te basta Gertrudis? le dixo el Señor; y ella: si me bastará, Señor, sino solo las pasadas negligencias, sino tambien me quitarás las venideras, pues conozco mi fragilidad en caer. Pues

yo, le dixo su Magestad, de tal modo te me daré, que no solo las pasadas, pero aun las venideras imperfecciones te quite: y quedó alentada con esto. Así con esto se alentáran tambien muchas almas, que deseosas de los agrados de Dios, en sus inútiles temores se ponen a sí mismas sus peligros.

Así, pues, como el Arca del Testamento al pasar el Jordán, detenidas las unas aguas, dexó correr las otras al mar muerto; así tambien este manjar del Cielo, no solo limpia, borra, y quita del alma las pasadas culpas, sino que para las venideras, sirviendo de saludable antidoto, fortalece, y preserva, o ya amedrentando, y desterrando con su presencia al demonio, para que no logre los tiros de sus tentaciones: *Parasti in conspectu meo mensam adversus eos, qui tribulant me.* (Ps. 22.) haciendonos con aquel Pan Divino terribles, y espantosos a los demonios, dice San Chrysoftomo: *Ab, illa mensa recedamus facti diabolo terribiles!* o ya mitigando con su divino rocío de la irascible las perturbaciones, de la concupiscible los ardores, de el fomite de nuestra carne las llamas. Aquel, que a los tres niños del horno de Babylonia les convirtió en suave maréa sus incendios, en jardin apacible sus llamas, cómo no templará de nuestra carne todos los perversos ardores? Diganlo experimentados los que por su dicha frecuentan este Santísimo Sacramento. Si alguno vé templada su ira, dice San Bernardo, sofegada la envidia, dormida la lascivia: *Gratias agat corpori, & sanguini Dñi.* (Fer. 1. in Cæn. Dñi.) de las gracias, y logre las frecuencias de este Divino Sacramento. El ciervo jamás padece calentura, y por esto dice Plinio, que acostumbra en Roma algunas mugeres a comer todos los dias de su carne, se libraron por muchos años de padecer fiebre: *Quasdam, nos principes feminas scimus, omnibus diebus carnem cervi degustare solitas, longo ævo caruisse febribus.* (Lib. 18. c. 32.) Denle a esto el crédito que quisieren, mas yo sé del todo cierto, que comiendo de las carnes de aquel mejor cervatillo de los campos, nos libraremos de las fiebres de todas las pasiones. De un Mancebo refiere nuestro Paulo Berri, (Trat. 6.) que viendose gravísimamente tentado de la luxuria, despues de varios medios, por consejo de su Confesor huvo de casarse; y si bien se mitigó aquella pasión, pero padeció en el matrimonio grandísimos trabajos. Enviudó, y volvió su batalla en la lascivia, hasta que un Confesor le aconsejó, que frecuentara este Santísimo Sacramento. Fuele haciendo, y sintiendo en sí tal quietud, tal sosiego, tanta paz del alma, que suspirando, decia: Ah, para qué yo me casé nunca! cómo no hallé en mi primer batalla quien me aconsejara esta divina frecuencia! Ah, si desde aquel tiempo hubiera yo encontrado un Confesor que me hubiera dicho lo que éste, ni yo hubiera perdido tanto tiempo, y fuera yo hoy quizá compañero de los Angeles! Pero aquello sin duda le convino a él, como a nosotros todos este aviso, que para todas las tentaciones, sean las que fue-

ren, no hay remedio como frecuentar este Divino Sacramento, que así fortalece, y repara, *reparat*. Por último, segun la disposicion deleyta, y llena el alma de dulzuras. Tarde llego a este efecto, que con tantos excesos han gozado innumerables almas, Manná escondido, que teniendo en sí los sabores todos, solo lo puede conocer quien lo gustá: *Quod nemo, nisi qui accipit*; y todo para dar al alma por el último efecto la eterna vida de la bienaventuranza: *Qui manducat hunc panem, vivet in æternum*. Allá nos encaminan todos los demás Sacramentos con la gracia que dán; pero éste les dá a los que dignamente le reciben especial gracia, y particulares auxilios para la final perseverancia, en que está la eterna dicha de la Gloria. Refiere Jacobo de Voragine, (Serm. de Euch.) que el grave, y antiguo Padre San Hilario, tenia entre otras, una doncellita de gran virtud, hija fuya de confesion; comulgaba a menudo, y alentabala el Santo, diciendola, que le tenia un Esposo castísimo, y Santísimo, en cuya compañía se havia de alentar mucho en las virtudes. Alababásele tanto, que ella ansiosa, deseaba conocerlo, y a sus instancias le dixo un dia, que se preparase con gran diligencia para comulgar; y luego se lo mostraria. Prevínose la santa doncella con una sencillez de paloma; llegó al Altar, mostróle el Santo Prelado aquel Santísimo Sacramento, diciendole: Hija, este es tu Esposo, y con éste se ha da unir intimamente tu alma, sin tener ya voluntad, ni afición a cosa alguna de la tierra. Quedó ella arrebatada al oír esto en ansias de su amor. Y vuelta luego, acabando de recibir aquel Divino Pan, allí en la misma Iglesia con una suavidad, y dulzura inefable dió su espíritu a su Criador, subiendo al talamo de la Gloria, y oyóse en todo el Templo una música suavísima, que mostró bien como el Cielo celebraba sus bodas. Y si este es el fin adonde nos lleva tan Divino Sacramento, oh, y sepamos lograr sus frutos, de modo, que los coronen los eternos gozos de la Gloria.

## PLATICA VIII.

DE QUE PROVENGA QUE NO  
logren muchas almas todos los admirables efectos de la Divina  
Eucaristia.

A 27. de Junio de 1694.

LA admiracion, hija de la ignorancia, es madre tambien de que nace la sabiduría, por que de lo que por ignorarlo se admira, se sigue con mas curiosidad averiguarlo, y de su averiguacion se logra su noticia: *Propter admirari*

*ceperunt omnes philosophari*, dixo el grande Aristoteles. Una admiracion, pues, que suspendió atonito todo el grande entendimiento de Salomon, es la misma, que hoy ataja, y suspende toda mi ignorancia. Ojalá, y de su averiguacion saquemos el provecho de la mayor sabiduría. Cómo puede ser, dice aquel mayor Sábio del mundo, que esconda un hombre del seno una brasa encendida, y que no ardan sus vestidos al punto en vivas llamas? Tener el fuego en el pecho, y sin quemarse, ocultar una ascua en el vestido, y no arder todo, cómo puede ser tal prodigio: *Nunquid potest homo abscondere ignem in sinu suo, ut vestimenta ipsius non ardeant?* (Prov. 27.) Así suspenso se admiraba Salomón. Así atonito, mejor se pasma mi discurso: aquella mas viva ascua, que en el Trono de Dios vió Isaías, aquel encendido fuego, aquella ardiente brasa es la que metemos nosotros en nuestro seno, es la que intimamos en nuestro corazon con el Divino Sacramento del Altar, la llama toda de un Dios, el fuego mismo de toda la Divinidad: *Deus noster ignis consumens est.* (Damas. lib. de Fid. c. 14.) Cómo, pues, no ardemos? Cómo no nos abrasamos? Tanto fuego en el seno? Pues dónde están nuestras llamas? dónde nuestros ardores? Oh, si esta justa admiracion ocupara nuestros entendimientos; cómo, despues de vernos convencidos, quedaríamos mejor aprovechados!

Explicome mas, porque de entender bien este punto, pende el gozar de aquel Divino Sacramento los imponderables provechos. Si allí el Cuerpo, y Sangre del Hijo de Dios tiene por efectos suyos, no solo unir consigo mismo al alma, que dignamente lo recibe, no solo aumentar en ella la gracia, sino tambien purificarla de imperfecciones, fortalecerla a los combates, alentarla a las virtudes: cómo con todo esto vemos, experimentamos, sentimos, que tantas almas que lo frecuentan, que reciben muy a menudo este Pan Divino, aprovechan tan poco en la virtud, tan poco adelantan en la perfeccion, que despues de ciento, y de doscientas Comuniones, se quedan como antes eran, fobervias, impacientes, y vanas, tibias, parteras, y en todo divertidas? De dónde puede venir esta defdicha? de parte del Sacramento, ò de parte de quien lo recibe? No es aquel Pan de los Angeles el que en sí contiene todas las gracias, y todas las virtudes? No es allí el mismo Christo el que a manos llenas reparte sus favores? *Qui dat omnibus affluentur.* (Fac. ep. c. 1.) No es el que con aquel Sacramento vino a encender el fuego de su amor en las almas? No es ese todo su deseo, no son esas todas sus ansias? *Et quid volo, nisi ut accendatur?* No es este Sacramento Divino aquel fuego, que solo al tocarlo al acabar de consagrar, y al levantar la Hostia Santo Domingo de Guzmán se elevaba en el ayre tan cercado de llamas, que solo a su contacto todo parecia de fuego? *Et ab igne, quo intus ardebat corpus ejus subvectum velut in ignem convertitur.* No es este fuego

Divino el que muchas veces al consumir la Hostia San Francisco de Borja, le hacia echar de todo su rostro vivas llamas? *Ad consumanda mysteria ita incaluisse, ut etiam vultus ignosceret,* dice nuestro Sachino. (Hist. 2. p. pag. 400.) Cómo, pues, este fuego no levanta la llama en nuestros corazones? Cómo estos favores no se sienten? Cómo estas gracias no se experimentan? Cómo vemos en fin, que no pocos que lo reciben cada ocho dias, ò cada tres, ò todos los dias, con todo esto fuego Divino no consume el humor resvaladizo de las lenguas, el viento inutil de la vanidad, el nocivo calor de la ira, las precipitadas palabras de la impaciencia? Este Divino Sacramento, que hace por otra parte tantas maravillas, cómo así en las almas que lo reciben, ò todos los dias, ò casi todos, se las dexa como antes, tibias, divertidas, impacientes? Cómo este fuego en el seno no arde siquiera en los vestidos? Esta es, Cathólicos, mi admiracion, mirad si es justa: este es mi asombro, mirad si es bien fundado.

No hablo, pues, ahora con los que muy de tarde en tarde, con los que cada año reciben este Sacramento, que de esos desde luego conozco el origen de su desventura, y temo que no sean he no preparado para el infierno, leña seca para arder en eternas llamas: *Percussus sum ut fenum, & aruit cor meum,* dice en nombre de estos David. (Psal. 101.) Estoy marchito, y clado; como el heno se ha secado mi corazon. Y por qué? *Quia oblitus sum comedere panem meum;* porque eché en olvido comer mi pan. Un año entero sin comer, cómo estaria la vida del cuerpo? Y sin aquella su única comida, cómo estará en estos la vida del alma? Yá lo dicen sus rotas costumbres, su perdicion, y sus escándalos. Ea, que con esos no hablo, ni hablo con los que reciben (si es que tal atrevimiento puede haber en quien tiene Fé) no hablo, digo, con los que indignamente reciben aquel Sacramento en pecado mortal. Oh, Dios! Qué he de hablar, si les habla a la conciencia patente su condenacion? *Judicium sibi manducat, & bibit.*

Hablo, pues, con los temerosos de Dios, con los hijos de su casa, con los amigos de su mesa: aquí está lo vivo de mi admiracion: cómo no llevando conciencia de pecado mortal, con todo esto no vemos en sus mejoras, en sus adelantamientos, en sus virtudes, de este Divino Sacramento logrados los efectos? Cierito es, que los que así sin conciencia de pecado mortal lo reciben, consiguen el principal efecto, que es el aumento de la gracia santificante, en esto no hay duda; pero las demás gracias actuales, auxilios quiero decir, que allí dá el Señor al alma para refrenar las pasiones, para mejorar los afectos, para consumir los vicios, para aumentar las virtudes, cómo no los vemos logrados? Cómo las imperfecciones duran? Cómo las culpas veniales permanecen? Cómo con la misma salud no estamos sanos? Cómo con la misma luz no esta-

mos lucidos? Cómo con la misma Santidad no estamos Santos?

Ea, basta de admiracion, y de preguntar, basta. Oh, si dieran las respuestas nuestras propias almas! Mas por todas las dió el Señor con una admirable comparacion a su querida Esposa Santa Cathalina de Sena: (Dial. c. 110.) Si tu, hija, le dixo, tuvieras encendida una candela, y todo el mundo llegara a encender luz en ella, no repartiria la luz, y el fuego sin disminuirse? Yá lo ves. Ahora, pues; pero si los que iban llegando, unos traian unas candelitas pequeñas de quatro onzas, otros velas de a libra, otros cirios gruesos, y grandes, aunque todos llevaban luz, y fuego, no te parece que mas luz, y mas fuego llevaria el que traxo un cirio de seis libras, que el que traxo una candela de quatro onzas? Yá se vé. Así, pues, sucede en mi Sacramento, en los que sin conciencia de pecado mortal lo reciben: todos llevan la luz, y el fuego de la gracia; pero el llevar algunos tan poca luz, tan poco fuego, su disposicion lo hace, su corta preparacion: *Tantum ergo percipitis ex isto lumine, quantum vos disponitis cum sancto desiderio ad recipiendum.* Cese, pues, nuestra admiracion, si no experimentamos la luz mas crecida, y el fuego mas ardiente de este Divino Sacramento por nuestra corta disposicion, porque llevamos unas candelas, en que apenas puede tenerse la llama.

Individuo mas estos defectos de disposicion a los temerosos de Dios, y no hablo ahora de la disposicion precisa, y necesaria para recibir en este Sacramento la gracia, que de eso hablaré despues; solo hablo de la disposicion para recibir mayor provecho, para crecer en la virtud, para llegar a la perfeccion. Tres pueden ser las causas de tanto malogro de repetidas Comuniones. La primera, la falta de consideracion, con que nos llegamos a comulgar, tan sin pensar lo que hacemos, tan sin hacer concepto de qué manjar es el que recibimos, tan divertidos a lo exterior los cuidados, tan barajadas con los negocios de la casa, y de la hacienda las atenciones, que ni la Fé se excita, ni la memoria se acuerda de qué beneficio es el que recibimos. Qué mucho es pues, que no sienta luego el alma con mayor eficacia sus provechos? Por eso el lobo, que es el mas comedor de los brutos está siempre magro, y flaco, dicen los Naturales, porque siendo tan comedor, y tan voraz, no mazca la comida, sino que a toda priesa la engulle, y así nunca le entra en provecho. Y si lo mismo sucede en lo material comida del cuerpo, bué es menester su primera digestion mazcandola; este Pan, que es de vida, y de entendimiento: *Panis vita, & intellectus,* la consideracion ha de ser la que lo mastique, pensando antes de espacio quién viene en el Sacramento, a quién viene, cómo, y con qué fines? Si esto se pensara despacio, oh! cuáles serian en cada Comunión nuestros provechos! El Manná, yá saben todos, que tenia de todos los manjares los sabores, mas para que a cada uno le supiera a lo que

queria, havia con eso de pensarlo antes: quiero que me sepa a tal manjar, porque si nada pensaba, a nada le sabia. Oh, qué de Christianos se llegan a la Comunión, se ponen de rodillas, se dan golpes de pechos, reciben al Señor! y a todo esto, ni el menor pensamiento de lo que hacen ni un solo acto de Fé, de qué es lo que reciben! de modo, que se les puede decir: *Vos adoratis quod nescitis.* Yá por costumbre, yá por uso, libritos, que yá se leen de memoria, y a todo esto divertida el alma, ager de lo que hace. Cómo, pues, sentirá el sabor de lo que come? Aun en lo natural, no sé qué saynete dá al gusto sabor, ò lo precioso del manjar, ò lo costoso de la vianda. Por eso aquel monstruo, vil esclavo de su vientre, Elogabalo, hácia que al ponerle el plato le dixeran quanto havia costado, haciendo el valor del gallo picante del aprieto. Y si pensáramos quanto le costó a Dios darnos aquella vianda, quanto sería al comerla nuestro gusto? Si un amigo, si una persona de nuestro cariño nos envia a la mesa un plato, por eso solo se nos hace mas gustoso; pues si consideráramos, qué amigo es el que nos hace allí el plato, cuáles serian allí nuestras delicias?

Mas no es solo esta falta de consideracion la causa de nuestro poco provecho, sino lo poco tambien que consideramos nuestras pasioncillas, nuestros torcidos afectos, nuestras bastardas inclinaciones: no hablo de las graves, hablo de las que se desprecian, de aquellas de que no se hace caso para arrancarlas del alma, y esas son la segunda causa de que no se logren en este Divino Sacramento colmados los provechos: *Novate vobis novale,* nos dice Dios por Jeremías, *& nolite serere super spinas.* Primero es limpiar el campo de las yerbas todas, para que la mies crezca; que quién sembrará sobre las espinas el trigo? Si tanto cuida el Labrador de escardar una, y otra vez, aunque el trigo vaya creciendo, aunque tenga el riego abundante, cómo aquellos torcidos no se escardan del alma, para que este Divino Trigo dé sus provechos? Oh, que no es enemistad la que tengo, que no importa nada, no es mas que un sentimiento! Oh, que las murmuraciones no son sino ligeras, que esta vanidad no llega a ofensa grave de nuestro Señor. Y aunque no llegue a eso, no bastará a impedir en una Comunión imponderables frutos? No les dió el Señor el Manná a los Israelitas, hasta que del todo se les acabó la harina, que havian sacado de Egipto. No gozaron los sabores de aquel Pan del Cielo, hasta que ni un almud les quedó del manjar de la tierra. Un Santo Religioso, refiere Enrique Gran, siempre que comulgaba, que era cada ocho dias, le comunicaba el Señor una inefable dulzura, que sensiblemente gozaba al recibia el Divino Sacramento. Tuvo este un disgustillo ligero con otro Religioso, dixole no sé qué palabrilla picante, todo de tan poca importancia, que siendo muy temeroso de Dios, sin

fin hacer caso se llegó el Domingo siguiente à comulgar; pero en vez de la dulzura que antes sentia, sintió ya una amargura grandísima. Conoció la causa, lloróla; y en verdad que aunque la enmendó, no le volvió el Señor à comunicar mas aquella dulzura, dexandole ese perpétuo lustre de su humanidad. Despreciemos ahora por ligeras pasiones, que de tanto bien nos privan.

Por último: la tercera causa, que no dexa lograr con excesos el fruto de las Comuniones, dice no menos elevado espíritu que el de Santa Theresa de Jesus (*Camin. de Perf. c. 14.*) es, porque despues de haver recibido un Huesped tan magnífico, un Rey tan Soberano, un Dios tan liberal dentro de nuestro pecho, en la ocasion de sus favores, en el punto mismo de lograr sus beneficios, lo dexamos solo, sin detenernos en su compañía un quarto de hora siquiera à darle las gracias, y à lograr sus nuevos favores. Divertimos al punto nuestros pensamientos, nos volvemos à las conversaciones, y quizá no pocos como Judas, levantandose con el bocado en la boca, vuelven las espaldas à Dios. Este es el tiempo de negociar con su Magestad todos los bienes, decia Santa Theresa; esta es la ocasion tan preciosa, que no haviamos de perder en ella ni un atomo mientras el Señor, hablando al alma mas intimamente que nunca, con una de sus palabras puede entonces salvarle: *Cum mansuetudine suscipite instum verbum quod potest salvare animas vestras. (Jac. 1. v. 21.)* Esta es la partecita de el dia, en que puede estar nuestro dia eterno, aquel rato inmediato à la Comunión: *Particula boni diei non te pretereat. (Ecol. 7. 14.)* Qué bendiciones, qué felicidades no llenaron la casa de Obededon, porque se detuvo en ella por tres meses el Arca del Testamento? Qué salud, y qué vida no se le siguió à la casa de Zaqueo, por un rato que tubo al Señor à su mesa? Qué no logró de dichas la Samaritana, por una breve conversacion solo à solas con este amabilísimo Peregrino? Pues qué bienes no recibirá el alma, si sabe lograr la presencia de este Divino Huesped? Si pusieran en tus manos la llave de todo un tesoro, dandote un quarto de hora para sacar quanto quisieras, qué priesa te darias à sacar mas, y mas? Pues darte Christo su mismo Cuerpo, qué otra cosa es, sino darte las llaves de sus tesoros? Aviva entonces la Fé, excita la Esperanza, enciende la Caridad; y dandole gracias, pidele favores, representale todas tus necesidades de alma, y de cuerpo; dile con humildad, besandole sus pies: No te dexaré, Señor, ir de mi casa, sin que me echés tu bendicion. Ofrecele entonces corregir aquel defecto, en que sueles caer, reprimir aquella pasioncilla, que te suelo predominar; proponle ya moderar las palabras, desde aquella à la siguiente Comunión; y ya mortificar los afectos, ya vencer éste, ò aquel apetito; regalate un rato siquiera con lo que es el regalo de los Angeles. Y siendo así, yo aseguro, que llenando cada Comunión el alma de muchos bie-

nes, destierren las Comuniones del alma todos los males, y cesé la admiracion, ò la queja de que tan poco aprovechan las Comuniones.

La B. Maria de Victoria, Fundadora de las Monjas Celestinas, tubo esta especial devocion despues de comulgar, (*Haut. num. 633.*) que siempre en accion de gracias, despues de pedirle al Señor sus beneficios, le proponia con veras de enmendar algun especial defecto, ò imperfeccion de su vida. Con este cuidado, empeñado tambien el Señor en darle sus auxilios, fue subiendo de grado en grado de perfeccion, de modo, que algunos años antes de su muerte, buscando que proponer, yá no hallaba qué; y deseosa de ofrecer à su Magestad algun acto muy heroyco, no sabia qual, quando oyó que le dixo dentro de su alma el Señor: *Ama me sicut te amavi.* Ofrece el amarme como yo te amé; cómo puede ser, si el tuyo para mí fue un amor de un Dios, fue un amor infinito, y el mio es un amor apocado, un amor de un corazoncillo de carne? Ese, le dió el Señor à entender, será como el mio, si nada, nada le quedáre de amor de la tierra, si todo, todo lo pusieres en mí. Con esto quedó llena de regocijo, y prosiguió cumpliendo su promesa. Y yá, si la falta de consideracion, si el descuido de arrancar del Alma los afechillos torcidos, si la ingratitude en reconocer siquiera por un breve rato este beneficio, son las causas que nos impiden lograr colmados sus provechos; aliento, almas, à tan faciles diligencias, y con ellas crezcan los frutos, suban las virtudes, aumentense los meritos, que yá desde esta vida adelanten la Gloria.



## PLATICA IX.

DE LA DISPOSICION NECESARIA  
para recibir dignamente la Santísima Comunión.

A 4. de Junio de 1694.

Entre la muerte, y la vida média nuestra voluntad. Quién creyera, que de tales extremos, teniendo tan en su mano la vida, coja uno por sus manos la muerte? Así sucede; y si parece al entendimiento imposible por la razon, lo vemos en la voluntad muy facil por su ceguedad, cuya disposicion es la que de la misma fuente de la vida hace no pocas veces funesto origen de la muerte. La rosa, apacible hermosura de los prados, le ministra à la abeja para su panal dulzuras, y esa misma al escarabajo le sirve de mortal veneno. El balfamo, preservativo siempre de corrupcion, si halla el cadaver yá empujado à podrir, es el que lo acaba mas apriesa de

cor-

corromper. El Sol que derrite la cera, ese mismo endurece al barro. El pan, sustento de los hombres, es tóxico que mata à losalcones. En un convite, en fin, donde se sirven unos mismos manjares, siendo de regalo, y provecho à los unos, al otro por su indisposicion le dá principio de la enfermedad, con que muere: *Nil prodest, quod non ledere possit idem* dixo bien el Profano. ¿Qué mucho, pues, que aquel Manjar Divino, en que un Dios vivo nos previene, y nos dá la vida, ese mismo sea tambien para muchos la mas terrible muerte? que la misma vida de un Dios sea la muerte tambien de tinieblas eternas! *Mors est malis, vita bonis. Vide paris sumptionis quam sit dispar exitus.* ¡Oh, horror el mas estupendo que puede concebir el entendimiento! Que de dos hombres, que à un mismo tiempo, que en un instante mismo puesto en aquella rexilla reciben aquel Santísimo Sacramento, el uno quedo desde alli con el juicio hecho, con la sentencia dada de su eterna condenacion! el otro con la corona puesta, con la diadema aparejada de su eterna gloria! el uno oliendo à muerto para eterna muerte: *Aliis quidem odor mortis in mortem;* el otro con las fragancias de un Paraíso, para un vivir perdurable: *Aliis autem odor vite in vitam.* (*Paul. 2. ad Cor. 1. v. 16.*) ¿Qué es esto? Un mismo manjar efectos tan contrarios? Qué ha de ser, que un mismo fuego hace de la paja cenizas, y al otro le levanta los quilates; que un mismo vino al fano le fortalece las fuerzas, al calenturiento le consume los espíritus, y que la disposicion en fin es la que distingue tan prodigiosamente de este Divino Pan los efectos, que nuestra voluntad es la que hace que la misma vida nos sirva de la mas lastimosa muerte.

Yá, pues, si tan en nuestro querer están, ò todos los tesoros de Dios, ò del Infierno, todos los tormentos, ò toda la bienaventuranza, ò la eterna condenacion, ò la vida en fin que no se acaba; ò la muerte que nunca se termina; ¿qué disposicion será de nuestra parte la que nos haga tan dichosos? Qué preparacion la que abriendo las puertas del alma la dé à gozar con una vida Divina todas las delicias de un Dios? Ese es el punto que se nos sigue de doctrina, y el punto de que pende de dicha, ò de desdicha toda una eternidad en el logro feliz, ò el malogro de la Santísima Comunión: hablo con distincion, porque lo pide tan grave materia. Una es, pues, la disposicion que sería conveniente, otra la disposicion, que es del todo necesaria. Y si de la conveniente huviera de decir lo que debo, solo pudiera, prestandome sus lenguas los Serafines, para darla à entender como ellos se la explicaron à la Beata Angela de Fulgino, à la Beata Margarita de Cortona, y à otras almas, que sobre purísimas, aun tuvieron para este Sacramento que adelantar aseo, que pulir delicadezas, y que relevar perfecciones. Solo pudiera expresar qual preparacion convenia, si me prestára sus labios el mismo Salvador del mundo, con que se la enseñó à una Santa Cathalina de Sena, à una Santa Matildis,

Gertrudis, y otras, que quando mas abrasadas en ardor de caridad, aun tuvieron todavia que adelantar para hacerse dignas. Solo pudiera dar à entender, ¿qué pureza sería conveniente preparacion, si el mismo Eterno Padre me prestára aquella voz, con que enseñó à prepararse à una Santa Magdalena de Pazzis, toda viviendo en la carne como puro espíritu, toda en la tierra, habitadora yá de la Gloria.

*Opus grande est,* (me dá yá aquí sus palabras David) *opus grande est, neque enim homine preparatur habitatio, sed Deo.* Todo atónito à preparar en su idéa aquel gran Templo, no cabiendole en el entendimiento la grandeza, la perfeccion, los adornos que eran convenientes, prorumpia: Obra grande, empresa imponderable, porque no es casa la que dispongo para algun Príncipe, ò Rey de la tierra; es Palacio para que habite Dios, obra grande. Y si para esto fueron las riquezas, la magnificencia, el oro, la plata, los adornos mas bellos de la idéa, los primores mas subidos, del arte en aquel Templo, que solo dedicado à Dios, en él se havia de colocar el Arca; para un Templo vivo, en que con Real Presencia ha de entrar el mismo Dios, ¿qué preparacion será conveniente? Pasma al considerarlo. ¿Qué no echó Dios de resto de pureza, de abismos de gracias en MARIA? ¡Oh, Dios inmenso! ¿quién bastará à decirlo! ¿Y todo para qué? Para qué hizo Dios estos gastos tan infinitos? Para qué emponió toda su Divinidad en estos adornos tan inmensos? Para qué? Solo para prevenir à MARIA, para prepararla, para hacerla digna de recibir en sus Entrañas al Hijo de Dios. Así lo reconoce, y así lo confiesa la Iglesia: *Omnipotens sempiterna Deus, qui gloriosa Virginis Matris MARIE corpus, & animam, ut dignum Filii tui habitaculum effici mereretur, Spiritu Sancto cooperante preparasti.* Solo para recibir à Dios tanta pureza en MARIA, tanta perfeccion, tanta gracia?

¿Cuál, pues, convendría que fuese para recibir este mismo Dios nuestra pureza? Ojalá, exclamaba aquí el espiritualísimo V. Padre Juan Eusebio Nieremberg, (*l. 3. c. 11.*) ojalá, y antes de recibir este Sacramento, precediera el Purgatorio que no dexára en el alma, ni la mas leve sombra, ni la mas ligera culpa! Y donde aquel deseaba, y bien, el Purgatorio, ¿qué sería bien que hiciera nuestro cuidado? Que como un Beato Luis Gonzaga, los tres dias enteros desde el Jueves gastára solo en prevenirse para recibir este Señor el Domingo, y que los tres dias siguientes los gastára solo en darle gracias. Que como una Margarita de Ungría, (*Hist. S. Dom. 1. p. 1. 3. c. 2.*) ayunando las visperas à pan, y agua, pasáse la noche entera en oracion, y el dia luego en mudo silencio; que para este Sacramento nos previnieramos tan solícitos como para la muerte, que cada Comunión la miráramos como la última, desde donde nos haviamos de pre-

sen-